

LOS MEMORABLES

LÍDIA JORGE



TRADUCCIÓN DE MA. AUXILIO SALADO PÉREZ

LOS MEMORABLES

LÍDIA JORGE

TRADUCCIÓN: MA. AUXILIO SALADO PÉREZ

COLECCIÓN EUROPA

LOS MEMORABLES

Primera edición, 2018

D.R. © 2014, Lidia Jorge

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Ihn. Nicole Witt e.

K. Frankfurt am main, Germany

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Abril Castillo

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2018, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.

Tamaulipas 104 interior 3,

Col. Hipódromo de la Condesa

C.P. 06170, Ciudad de México

imailiano@gmail.com

www.elefantaeditorial.com



@ElefantaEditor



elefanta_editorial

ISBN: 978-607-9321-64-2

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

A meu favor
As paredes que insultam devagar
Certo refúgio acima do murmúrio
Que da vida corrente teime em vir
O barco escondido pela folhagem
O jardim onde a aventura recomeça
A meu favor tenho uma rua em transe
Um alto incêndio em nome de nós todos

Alexandre O'Neill

Desculpem não encontrarmos nestas ruas.
Só nasceremos amanhã.

Dos Murais de Lisboa

LA FÁBULA

EL ANTIGUO EMBAJADOR ESTABA VESTIDO DE SEDA Y, POR extraño que parezca, el camino que lo llevaría a los memorables se inició en el vaso de whiskey escocés que sostenía en las manos. En los vasos de quienes lo acompañaban, circulaba un líquido igual. Y tal vez por eso fueron tan desabridas las carcajadas que resonaron en el amplio salón de la casa, después de que el anfitrión dijera al que estaba más cerca suyo: «Ahijado, ahora que unos cuantos mercaderes están empeñados en demostrar que la tierra es plana, no faltará quien venga a decir que la historia es redonda. ¿Están viendo cómo se construye una hermosa simulación? La tierra es lisa como una servilleta y la historia no tiene una sola punta por donde se le agarre, es como si fuera una esfera. Y ahora, tú, Bob, ¿cómo vas a deshacer un embuste tan bien montado?».

Los varios hombres que lo acompañaban se desbarataron de risa. Después llamaron a la portuguesa para que se riera también, ella abandonó el rincón donde estaba y fue a integrarse al grupo que se divertía alrededor del anfitrión; pero en poco tiempo, en aquella habitación solo quedarían el hombre vestido de seda, su ahijado Robert Peterson y ella; o mejor dicho, yo misma. Entonces el silencio ahí adentro, en contraste con la alegría que se propagaba por las otras habitaciones de la casa, creó un intervalo demasiado prolongado entre nosotros, hasta que el padrino, con una señal amistosa, me llamó hacia el enorme ventanal. Afuera, unas hilachas blancas habían empezado a volar con

unas horas de atraso, según la previsión de meteorología, y al antiguo embajador le parecía interesante que yo contemplara su llegada. Me dijo: «Acérquese aquí, Miss Machado, venga a ver lo que está cayendo del cielo sobre nuestro jardín». Me aproximé y los tres nos quedamos ahí junto al vidrio, emocionados por el encanto y la melancolía.

Sin embargo, esa fina contemplación ante el barrunto de nieve no duró ni un instante. El padrino se desprendió inmediatamente de aquel clima de fascinación y le preguntó a Bob, como si la nieve no existiera y yo no estuviera ahí. «Ahijado, a propósito, ¿qué decidió ella sobre lo que te propuse?». Y ambos empezaron a intercambiar impresiones sobre el calendario de los futuros desplazamientos a los países del desierto, allá donde, seis meses después, la guerra seguía sin tregua ni un final aparente. La salida estaba programada, la escala concluida. Obstinado, el padrino insistió. «No olvides que ella puede ser perfectamente sustituida en esta misión. Miles de jóvenes reporteros de su edad están, en este momento, rumbo a los desiertos para hablar con las viudas de los mártires. ¿Qué podría ella investigar que otras no puedan?». Padrino y ahijado hablaban en inglés, y de nuevo aquel *she* era yo. Hasta que el hombre vestido de seda inició una larga exposición sobre el vicio de documentar batallas.

Nos sentamos.

El anfitrión hablaba con el vaso en la mano, haciéndolo girar como si fuera un adorno, y yo pensaba que el líquido bien podría no ser whiskey sino agua pintada. Hablaba pausadamente, dirigiéndose a Bob Peterson, desplegando una larga exposición sobre el vicio de cubrir conflictos armados, vicio que le había contagiado a su ahijado Bob, y probablemente a todos aquellos que pasaban por sus manos, incluida ella, la chica que estaba ahí. Muy contrariado con el hecho, el padrino empezó a exponer su teoría respecto a ese lamentable vicio, que siempre incluía calenda-

rios angustiantes, urgencias impostergables y reporteros imprescindibles. No obstante, podíamos estar tranquilos. Nunca nos faltará un conflicto que cubrir a lo largo de nuestra vida, en cualquier lugar, y a cualquier altura; para desgracia de todos, siempre habrá matanzas y viudas. Y precisamente, para equilibrar la balanza de la permanente ley de la reincidencia, valía la pena escoger, en la espiral, los momentos de intermitencia que cada tanto surgían. Decía el diplomático, y en medio de ese coloquio, metódicamente monótono, como si escucharlo constituyera una prueba en sí misma, acabó dirigiéndose a mí en portugués: «Miss Machado, acabo de decirle a mi ahijado que no siempre la historia es una pesadilla de la que en vano tratamos de despertar para regresar al punto de partida. Mire que, en ocasiones, aunque sea en escasas ocasiones, la historia también es un sueño agradable, y puede ser tan apaciguador que vale la pena que una persona, al despertar, intente por todos los medios conservar la imagen para que no se esfume. Seamos prácticos. Cuando nos despertamos a mitad de esos sueños, lo que debemos hacer es mantenernos en estado de alerta, reteniendo ese momento de excepción, prolongándolo en la memoria de forma también excepcional. ¿Tengo o no tengo razón?».

Y volteándose hacia Bob, le habló en inglés: «Ya te dije, ahijado, es necesario estar preparados. Para empezar, te sugiero una secuencia de cinco o seis episodios, como aquellas series de los buenos tiempos, cuando tú eras un muchacho genial y lo que producías resultaba mucho mejor de lo que planeabas. Algo que se llame *La Historia en Vigilia*, o cualquier otro título parecido. Un primer número, ejemplar, y para ese arranque inaugural sugiero a Miss Machado. La chica abriendo la serie con el caso de su país, ese episodio extraordinario ocurrido en su patria hace veinticinco años o más. El tiempo siempre está pasando, cada vez más rápido, cada vez más rápido, y el tiempo siempre empezando, ¿no es así, Bob? Acepta el consejo que te doy. Ella debería irse cuanto antes y recoger los restos de la me-

tralla de flores, aún incrustados entre las piedras de las banquetas de Lisboa. Envíala allá, ahijado, envíala antes de que sea tarde. Sugiero que la serie se titule *La Historia Despierta*. Y el antiguo embajador elevó su vaso a la altura de sus ojos e hizo un largo salud, como si alguien en el interior de aquel salón fuera a tener un hijo.

Todavía no mencioné que la casa del embajador era de madera y vidrio, ni que se erguía a orillas de un afluyente del río Potomac, un flujo razonable desde donde provenía el sonido rumoroso del agua que de vez en cuando se oía. Tampoco he dicho que la vivienda estaba rodeada de robles rojos, y que los primeros copos de nieve, en lugar de cubrirlos, seguían exhibiéndolos como enormes hogueras brillando por contraste en medio de la humedad verde. Tal circunstancia no tenía importancia, a no ser que, de repente, los dos americanos me conducían hacia lugares que yo no deseaba visitar nuevamente, y la nieve, cayendo sobre el jardín, cada vez con mayor intensidad, me paralizaba mientras los colores ardían. Me sentía prisionera de los colores. Fue así, el antiguo diplomático no tardó mucho en decir, usando su portugués con un fuerte acento: «Miss Machado, vamos a charlar. Cuando el milagro portugués sucedió, yo todavía no me encontraba en su país. Llegué nueve meses más tarde, para entonces las calles de Lisboa ya estaban en el auge de la metralla, lo que me dio mucho trabajo». En esto, el embajador volvió a reír con regocijo, calculando el volumen de su whiskey y haciéndolo rodar en el vaso. Agregó: «Vaya que me dio trabajo, claro que me lo dio. Aunque también me proporcionó una de las mayores satisfacciones de mi vida. Sin más, puedo asegurarle que derroté a mi Secretario de Estado en un diferendo que fue conocido, en ese entonces, con un nombre bastante curioso. ¿Quiere saber cómo lo llamaron? En los corredores del Departamento de Estado, lo conocían como la *guerra de los arañosos portugueses*, entre Henry y Frank; en el caso de él se entendía perfectamente, ya que lo llamaban melna de león, el terrible. Era lo que se decía aquí en Washin-

gton, aunque nada de eso constara en su país. En Lisboa pintaban *go home soon* debajo de mi nombre como si yo fuera un estorbo, mientras que en las paredes de al lado dibujaban flores. Fue ahí, Miss Machado, en medio de esa metralla, que conocí a su padre».

Yo percibía el olor de la nieve que venía de afuera, y el olor del peligro incubándose ahí adentro, en el interior del enorme salón. Aquel día, Bob Peterson me había pedido que lo acompañara simplemente para hablar un poco en mi lengua, para expresarme en portugués sobre el desastre que presencié camino al cementerio de Wadi al-Salaam. Sin embargo, inesperadamente, no sólo hablábamos de mi país, sino que acabábamos por remitirnos a la imagen distante de mi padre, y yo tenía la idea de que ambos temas eran uno solo. Me parecía inconcebible. El antiguo embajador dijo en inglés: «¡Oh, sí! Bob sabe lo que pienso». El ahijado no respondía, escuchaba. En el camino, él mismo me había dicho que me mantuviera en guardia, ya que a partir de cierta edad todo hombre que se precie tiene una *Ilíada* que contar, y su padrino tenía varias. La advertencia se confirmaba. El padrino decía: «Bob sabe perfectamente cómo en aquellos años se desplegaba el mapamundi sobre la mesa de conferencias, a eso de las ocho de la mañana, y cómo conforme transcurría cada día, más banderines de sangre aparecían esparcidos un poco por todos lados. Nuestra noche de descanso era un día agitado para ellos. Los usos horarios son así, los meridianos terrestres son así. Los banderines ensangrentados eran así. La guerra fría, en ciertas regiones de la tierra, era realmente abrasadora. Pero por lo menos habíamos aprendido a hacer operaciones de división y sustracción sobre el mapamundi. Dividir al mundo en dos, simplificaba mucho las cosas, por lo menos eso habíamos aprendido. Y en lo que se refiere a operaciones de sustracción, aprendimos todavía más. Mirábamos el mapa extendido sobre la mesa y hacíamos nuestras cuentas. Para lograr una reducción considerable de bajas aquí, tenían que ser sacrificadas dos o tres cabezas allá. Operacio-

nes de división. Se sacrificaban treinta vidas para evitar el desperdicio de tres mil, un ciento para conservar un millón. La guerra fría fue eso, una cuenta de ahorro. La ley del carnicero eterno minimizada al máximo. Era así, todas las mañanas. Pero de repente, en el momento menos esperado, en el extremo occidental de Europa, surgió aquello. Ocho de la mañana en punto. Una movilización extraña estaba llevándose a cabo en su país. Una deposición pacífica. Nadie creía en una movilización que se dijera pacífica. Esperábamos serenos, queríamos colocar el banderín rojo en el lugar correcto, parecía natural que fuera así. No obstante, ya habían transcurrido dos días y todavía nada grave sucedía. Efectivamente, era una deposición sin sangre. El mundo entero a la expectativa, mirando hacia su país. ¿Cómo era posible? Un caso sin precedentes. Una tirita de tierra del tamaño de un mantel, sin importancia alguna, se transformaba inesperadamente en la novia deseada de todos. En consecuencia, sobre la mesa de conferencias, la partida de ajedrez cambiaría. A partir de entonces, el mapa de las sospechas nunca más podría extenderse igual. Pero la diferencia no radicaba en la diversidad de festejantes que llegó allá la mañana siguiente, muchos de ellos con la misión de espiar, intrigar, vigilar y ocupar su país, se debió tan solo, y apenas, a la calidad de su gente».

El antiguo embajador se inclinó hacia la charola del mesero, se ajustó el saco de seda en cuyo bolsillo llevaba plumas doradas, y habló en portugués: «Créalo, Miss Machado, nunca encontré a lo largo de mi carrera a un pueblo tan sensato como ése al que usted pertenece. Un pueblo noble, sin álgebra ni letras, con cincuenta años de dictadura sobre la espalda y el pie sembrado en la tierra: de repente se da un golpe de Estado y sale todo a la calle a gritar, cada uno con su alucinación, con su proyecto y su interés; unos amenazando a otros, cuerpo a cuerpo, cara a cara, muchos con armas en la mano, que se insultan, golpean, obstinan y no se matan. Yo lo vi, yo estuve presente. Es es-

ta realidad la que hay que contar antes de que sea tarde. ¿Entiende lo que estoy diciendo?».».

Yo no necesitaba entender.

Por cierto, ahora, a seis años de distancia, creo recomponer con mayor fidelidad las palabras del embajador que en ese entonces, cuando las escuchaba directamente, sentada frente a él. Entonces me importaba muy poco la exaltación de un pueblo lejano que sólo por casualidad era el mío. Lo reconozco. Aquel discurrir grandioso, encubierto bajo un tono común, tan común que se tornaba intenso, alternado en dos lenguas, no me conmovía. Estaba en tela de juicio *su pueblo*. Y el padrino invocaba a una gente tranquila, una gente a la que cualquier ministro le gustaría liderar, a cualquier sacerdote pastorear y a cualquier procurador de justicia defender. El padrino hablaba con vivacidad contenida, como si el país que invocaba fuera una persona amada, se refería a un noble pueblo con sus armas inofensivas, sus manifestaciones de júbilo y grandes tumultos pacíficos, evocando a la mitad de ese cuadro aquella que había sido su propia estrategia, la espera que había alimentado de reservas hasta que se tranquilizara la calle donde el noble pueblo hervía, una jugada certera que había exigido de su parte un fino ejercicio de paciencia durante mil novecientos setenta y cinco. Se acordaba perfectamente. A esa altura, ante su moderación, el melena de león del Secretario de Estado bien que se exasperaba, diciendo que había enviado a Lisboa a un duro que finalmente había resultado blando. Un blandengue que daba clases en vez de actuar. Y el padrino de Bob, divertido, evocaba la manera en que él mismo y su *staff*, ante la crispación de las instrucciones que les llegaban, sin ninguna intervención directa invasiva, ningún trabajo nocturno difícil, un juego perseverante de entérate y aguarda, como no se había registrado desde que la guerra se servía fría, había ganado la partida. Una hermosa partida. Lo escuchaba hablar, mientras en el piso de arriba

los invitados reían, y yo misma tuve ganas de reír, sobre todo cuando el antiguo embajador trató de acordarse del nombre de las flores que los portugueses en setenta y cuatro metían en el cañón de las escopetas. El nombre no le llegaba a la cabeza. Nosotros tres, como si nuestros cerebros estuvieran programados para el olvido simultáneo, nos contuvimos. Yo misma fingí haberla olvidado. El anfitrión permaneció en suspenso. Preguntó: «¿Cómo se llamaban las flores».

Sí, ¿aquellas flores rojas?

Ninguno de nosotros se acordaba. Era increíble que los tres supiéramos que los pétalos de esas flores eran dentados, con una uña larga en el peciolo fuerte, que habían sido regaladas por las vendedoras de flores desde la mañana del mismo día veinticinco, cuando los insurrectos avanzaban hacia la Baixa. Incluso Bob conocía la historia, sabía que había empezado por ser el regalo de una vendedora cuando la columna de sublevados daba la vuelta alrededor de una plaza, hasta él lo sabía, y sin embargo, ninguno de nosotros recordaba el nombre de la flor. ¿Cómo es posible que usted no sepa el nombre? Inquieto el anfitrión confesaba estar sorprendido por el hecho de que la palabra no estuviera grabada en mi cabeza, pero él conocía el proceso, sabía que la distancia geográfica y la mezcla de los idiomas generan en ocasiones agujeros imaginarios en la memoria lingüística de la persona que migra. Un problema de sinapsis confundidas en la estructura cerebral cuando se cambia de lengua. Siendo así, entonces, ¿cómo se llamaba esa flor? Nosotros tres con los ojos en el techo del salón, mientras Bob permanecía indeciso. Hasta que de repente Bob sospechó y se decidió, dio un salto, abrió la puerta, subió al piso donde provenían las risas, y cuando bajó ya sabía el nombre de la flor. Su rostro estaba ruborizado. Era una vergüenza. ¿Cómo no nos habíamos acordado de que se trataba de *carnations*? ¿*Red carnations*? Dijo en inglés.

También el antiguo embajador sentía una especie de bochorno.

Claveles, claro que eran claveles. *How awful, it's carnations, of course, dear Bob!* Sí, ¿cómo era posible que el nombre de esa planta no hubiera acudido a su memoria? ¿Cómo? Y en ese instante, hizo rodar su silla hacia mí: «Sabe, Miss Machado, si regresa usted a Lisboa y busca entre las piedras pequeñas de las banquetas que hay allá por todas partes, todavía encontrará restos de aquellas flores, los únicos proyectiles que usó su pueblo para deponer a las viejas figuras, y también para comprenderse a sí mismos. Y esto da mucho que pensar a quien ha transitado por otros lugares de la tierra y ha sido testigo de muchas y variadas peripecias. Apenas un año antes había sucedido en los estadios de Santiago todo lo que se sabe. Lugares de malos recuerdos. El caso de aquel muchacho que componía y cantaba canciones, a quien le destrozaron los dedos a culatazos y le metieron cuarenta y cuatro balas en el cuerpo. Fue una jugada de muy mal gusto. Los autores de la proeza les escribieron a sus amigos contando que habían disparado diez balas para que no cantara, diez para que no escribiera, diez para que no compusiera, diez para que no contara lo ocurrido, y las cuatro para que se creyera que había sido obra de los Estados Unidos de América. Cuatro balas en su pecho. La coartada de las últimas cuatro había sido de veras de pésimo gusto. Un panfleto en carne viva, redactado por los chilenos, dándole la vuelta al mundo para que nos incriminaran. Ya se sabe cómo es esto, encubierto por el invasor, el invadido se retrata. Algo muy delicado. Pero el caso de su país fue diferente, una realidad única. Armas portuguesas, revolución portuguesa, un buen pueblo, generoso, pacífico, a tal grado que la metralla fueron únicamente flores. Gente cuerda. Y sabe, Miss Machado, cuando escuché su nombre en los reportajes de la CBS y me percaté de su ligero acento, su apellido y su aspecto,

recordé a aquel pueblo y aquel tiempo, lo mismo que las crónicas de António Machado, su padre».

«Tengo una deuda muy grande con su padre, ¿sabe? Personalmente, jamás coincidimos, pero lo conocía muy bien, lo conocía como los hombres deben conocerse, a través de las preocupaciones que les cruzan el pensamiento, cuando son proferidas en voz alta. Así es, Miss Machado, porque eso significa ser un buen compañero en el tiempo, y tener el valor de darse a conocer entero. Y ése fue el caso. Me acuerdo perfectamente de la crónica de António Machado, el hombre que anticipaba el futuro en la última página de su periódico. Dos columnas. Lo que escribía el hombre que anticipaba el futuro se leía muy bien. Agorero, día tras día, iba vaticinando, augurando el futuro, y yo, en mi calidad de representante de un país extranjero, iba descifrando el augurio, esquivando el augurio, disfrutando su manera de vaticinar. Ya que si un cronista no sirve para vaticinar, entonces ¿para qué sirve? ¿No me va a responder, Miss Machado?».

Yo escuchaba al padrino de Bob hablar.

Lo oía y pensaba que no me convenía pronunciar una sola palabra que me relacionara con esa historia antigua cuyos pormenores conocía hasta el cansancio. El anfitrión hablaba en inglés sobre las crónicas de mi padre, allá afuera, la caída de la primera nevada de otoño amainaba, sin embargo en el jardín ya no se distinguían las siluetas de los árboles. Decía el embajador: «Es muy curioso, Miss Machado. En febrero de setenta y cinco, yo apenas acababa de llegar, y ya António Machado escribía que yo era el caballo de un Atila llamado capitalismo, que donde ponía mis patas traseras la hierba se secaba y los hombres libres morían. Usaba un lenguaje excesivamente colorido, sí, aunque a mí no me gustaran aquellos tonos. Ya que mostraban lo que se veía y lo que se imaginaba. Cuando una persona lee tales acusaciones sobre sí, tiene que examinar muy bien el mate-